

Pontificia Universidad Javeriana
Facultad de Filosofía
Grupo de Filosofía del dolor
Lunes, 2 de agosto del 2021

Sobre lo *melódico* y lo *escénico* de la vida interior

Algunas interpretaciones desde Oliver Sacks

Por: Yerson Y. Carrillo-Ardila

Excurso

Una vez *escuché* que Marcel Proust escribió que, en ocasiones los seres humanos estamos extrañamente dispuestos a asumir que aquello que llamamos presente es lo único real, lo demás, supuestamente perteneciente a lo que “fue” o lo que “será”, sencillamente no lo era. Escribo *escuché*, pues, en honor a la verdad, nunca lo he googleado o filtrado con la útil herramienta de búsqueda que tienen los ordenadores en las versiones digitales que hay de algunas obras de Proust. Lo que en mí resuena es el supuesto aserto de Proust, es decir de lo que *escuché*, pese a que, francamente, no recuerdo quién me lo dijo.

El punto no es la confrontación de la cita, es decir, no tengo interés en saber si resulta cierto o no lo que pudo escribir Proust, es más, nunca lo he leído. Al margen, en ocasiones, me sumo con la mayor devoción a esa idea, otras tantas busco refutarla, buscando complicarla, no obstante, nunca logro recordar quién la hizo posible en mi memoria. Parece ser que, persigo la reminiscencia en una versión consciente para alcanzar a captar realidades experimentales, pero mis ejercicios solo me llevan a fantasías. Lo he puesto en palabras de mis anteriores profesores, amigos y familiares con la decisiva fe de que lograré definir quién fue, sin embargo, ciertamente solo logro espejismos bien elaborados, los cuales, en el mejor de los casos, son sencillas reproducciones ficticias de lo que sé que me dijeron alguna vez.

Puedo decir, además, que *sé* el tono, la expresión y el ritmo de tal aserto, en últimas *sé* los aspectos *melódicos* y *escénicos* de lo que *escuché*, pero dicho *sé*, entendido como saber, no pasa necesariamente por la descripción, es decir, no son imágenes exactas o específicas, parece más un conocimiento que atiende a una seguridad fiel, a una certeza a la cual le apostaría todo, incluso con el riesgo de perderlo.

Para terminar, hace poco, con unos amigos, dije que una vez escuché que Proust había afirmado que el presente era lo único real. Uno de ellos se sobresaltó, me corrigió e insistió en explicarme la “verdad”. Intento convencerme con múltiples disyuntivas, todas ellas exclusivas, las cuales se resumen en que había escuchado mal, que había malinterpretado, que quien me lo dijo era un mentiroso, ignorante por mucho. Amablemente, me contextualizó y prometió prestarme un libro de Proust. Acepté. Aún no me llega, mi amigo

siempre tiene una excusa. No obstante, nadie logra retirarme la *melodía* y la *escena* de lo que en efecto *escuché*.

* * *

El presente texto aborda algunos elementos desarrollados por el neurólogo inglés Oliver Sacks (1933-2015) en su obra *El hombre que confundió a su mujer con un sombrero* (1997), concretamente de la introducción a la tercera parte del texto y del capítulo de apertura, los cuales buscan ser escenarios de discusión en la presente sesión.

Para lograrlo, presentaremos primero algunas claves de lectura que, desde nuestra interpretación, nos permiten acercarnos con mayor precisión a algunas de las tesis expuestas por Sacks. Hecho lo anterior, nos esforzaremos con una breve conversación entre algunos elementos dados por el médico y algunas apreciaciones tomadas de la filosofía de Henri Bergson (1859-1941), el objetivo de esto recae en introducir una posible lectura de los estados de la vida interior, expuestos por Sacks, desde algunos postulados vitalistas.

i. Algunas premisas de Sacks

Las premisas, sin el ánimo de generar ningún tipo de afirmación apresurada, se entienden como proposiciones con grados completos, o parciales, de certeza o falsedad. Más allá de lo anterior, predicen en todos los casos una posible conclusión. Además, incluyen en sus enunciados supuestos tan riesgosos o simplistas, los cuales nos recuerdan los compromisos que debemos asumir con estas.

Con todo esto, queremos sostener que Sacks se compromete con dos premisas desde un inicio. La primera es sugestiva y tiene que ver con una deferencia por la evocación, un sutil respeto por los estados internos, entendiendo por estos, tanto sueños, recuerdos, así como sentimientos y afectos, por mencionar algunos. Así, creemos que Sacks apela a la imperiosa necesidad de alcanzar prudencia cuando intentamos dar cuenta por las narraciones de la vida que fluyen en nuestro yo profundo. De hecho, para Sacks, la narración de los estados internos transcurre, si se quiere, en un universo discursivo que deviene en la constitución de un mundo (Sacks, 1997, p. 131). Tal constitución del mundo es, ciertamente, una de las tantas formas posibles de hacerlo y por ende no la única.

Ahora bien, ¿si todo lo anterior constituye una premisa, qué posibles conclusiones podrían devenir de esta? Inicialmente dos, a nuestro juicio. Una que resultará cierta para Sacks y diríamos que falsa para un número considerable de filósofos y científicos, los cuales llamaremos convenientemente fisicalistas; la otra, es una sencilla inversión de términos: una conclusión falsa para Sacks y verdadera para los fisicalistas.

La primera inferencia busca considerar real una *fisiología personal*, aspecto que, en efecto, nuestro autor desarrolla tomando por referencia la presentación de los casos de las señoras O´C y O´M. La hipótesis de Sacks redundaba en una perspectiva llamada *fenoménica* la cual aborda la vida interna como cuestiones cualitativas e invitan a la afirmación de una memoria por encima de una plana descripción de un estado interno (1997, p. 131). En todo caso, se trata de reconocer, por ejemplo, que las señoras O´C y O´M sí saben lo que les pasaba, no eran extranjeras para sí mismas.

La segunda inferencia -recordemos posiblemente falsa para Sacks, pero verdadera para los que hemos llamado cómodamente *fisicalistas*- busca considerar exclusivamente real lo *físico* (1997, pp. 150-152). A este punto, valdría preguntar, ¿qué realidad *física* tendría una idea si, jugando a la reducción al absurdo, abro una cabeza para supuestamente verla y sentir las magnitudes que la acompañan? En efecto, no hay ingenuidad en los *fisicalistas*, en este caso la tesis se sostendría afirmando que las ideas son una suerte de producción epifenoménica, esto es, generaciones sin poder causal, producto de la interacción física de componentes cerebrales los cuales son susceptibles de explicarse bajo modelaciones abstractas y computacionales del cerebro.

La segunda premisa es la siguiente: pese a la cruzada de sostener, permítasenos la expresión, cualidades no mensurables en los estados internos, estamos siempre acompañados por una especie de auditoría del lenguaje. El lenguaje, en ocasiones, parece ser útil tan solo a los intereses de la descripción. Curiosamente Sacks acepta lo anterior cuando sostiene que, aunque su crítica al concepto de *función* es radical, él ha desarrollado sus perspectivas a costa de tal concepto; se ha “atenido” a éste, puntualmente con las contraposiciones de *déficit* y *exceso* (1997, p. 132), elementos que hemos desarrollado a lo largo de nuestras anteriores sesiones dedicadas a Sacks.

Deteniéndonos un poco en la *función*, es claro que resulta ser una palabra que nos llama al orden regulado, como si tratará de una capacidad que algo tiene. Dos frases para ilustrarlo vendrían bien: i. “Usted tiene la capacidad para caminar”; y, ii. “Ese teclado tiene la función de espaciado”. La segunda frase no lo confrontamos pues un teclado sirve o no sin ningún tipo de motivación. La auditoría del lenguaje es tajantemente precisa. La primera frase es, por mucho, compleja. Las condiciones físicas no son las únicas motivantes para poder caminar. Si bien es posible caminar, es decir de poseer la *función* de hacerlo, puede ser el caso de no quererse hacer. Por ello, poder caminar es una condición suficiente en algunos casos, pero, no es necesaria para todos los casos.

Así, en un ejemplo construido adecuadamente para nosotros, si un fisioterapeuta afirma, con la seguridad que le ofrece el lenguaje, a un paciente: “Estás bien, tu recuperación ha sido excelente, ya puedes caminar”, no sugiere esto que la consecuencia inmediata sea caminar. Nuestro paciente ejemplo puede no querer hacerlo gracias a sus estados internos: decepción, culpa, desconsuelo, tristeza. Todos los aspectos mencionados no son difícilmente mensurables, caso contrario, son imposibles de medirse, pertenecen a otro orden.

Puesto así, la segunda premisa, la cual hemos llamado la auditoría del lenguaje y que creemos sostiene Sacks, está presente en nuestra cotidianidad de un modo tal que la creemos necesaria. Afirmamos, sin rubor con nuestros estados internos, apreciaciones útiles pero que no son ciertas: “Estás *más* triste que ayer”; “Yo quiero *menos* a mi hermano”; “Tengo *mayor* preocupación por mis padres”. Estamos atentos, diría Sacks, a una descripción *física* del mundo, donde las medidas *más y menos* o *mayor y menor*, claramente extensibles y oportunas para lo físico, se juxtaponen a otras construcciones de mundo que no pasan por lo *físico* sino por lo *fenoménico*.

ii. Sobre lo *melódico* y *escénico* de la vida interior

Expuestas las premisas, quisiéramos presentar en este aparte una breve conversación entre Sacks y Bergson. Frente a esto, no sobra aclarar que buscamos introducir una posible lectura vitalista de algunas tesis de Sacks y no una intromisión forzosa. Nuestro principal argumento reposa en lo siguiente, los casos de las señoras O’C y O’M, expuestos por Sacks, son arrebatos que en efecto pueden tener determinantes orgánicos, o *físicos*, empero, esto no disminuye la trascendencia psicológica o espiritual de las cuestiones de la vida interna de estas señoras. Por tanto, las canciones populares irlandesas (O’C) y los *singles* estadounidenses (O’M) son *puertas de acceso* a lo desconocido (1997, p. 133), es decir, sus enfermedades son experiencias que dan cuenta por sus vidas, duraciones vitales, diría Bergson.

Tal acceso hacia lo desconocido se logró reconociendo que en ellas hay reminiscencias inconscientes: *melodías* tediosas (O’M) o *escenas* musicales de un pasado desarraigado (O’C). Ambas eran sordas, ancianas, con estados de salud conformes y con el poder de escuchar el presente y su memoria. O’C oía un “concierto de canciones”; y O’M, por su parte, “música (...) y a veces un zumbido o un silbido o un estruendo; a veces oía *voces que hablaban*, normalmente *lejanas y varias a la vez*, de modo que nunca podía entender lo que decían” (1997, pp. 135-138).

La utilidad del lenguaje le permitió a Sacks determinar, basado en el comportamiento de encefalogramas aplicados en las señoras, que había serios indicios de ataques en los

lóbulos temporales de ambas, bases suficientes para diagnosticar alucinaciones experimentales, aspectos planteados por Hughlings Jackson, hacia finales del siglo XIX, y demostradas por Wilder Penfield a mediados del XX (1997, p. 138). No obstante, parecería que el diagnóstico aún no era del todo suficiente.

Ahora, es claro que Sacks al evaluar a estas señoras con un diagnóstico de reminiscencia, no pretendía caer, al igual que con la percepción alterada, la imaginación y el sueño, en la afirmación de que no eran objetos de atención neurológica o médica, como bien lo expresa a inicios del capítulo (1997, p. 133). Podría decirse que buscaba, de un lado, seguir los estudios médicos y científicos previos para orientarse en los “arrebatos” de estas señoras; y, de otro lado, configurar una *fisiología personal*, una “fisiología del yo” (1997, p. 142)

Tal horizonte debía lograrlo alejándose de preguntas “superficiales” del tipo “¿Tiene esta canción algún significado especial para usted?” (1997, p. 144), pues el criterio para la reminiscencia de las canciones, tanto para O’C como para O’M, era que estas tan solo ocurrían en ellas. La naturaleza de lo que escuchaban las señoras no eran sencillamente representaciones ofrecidas a la memoria en modo de recuerdos de algo que les había sucedido, eran forzosas, paroxísticas, deviniendo en exaltaciones de afectos y pasiones motivadas por melodías, visiones, presencias o escenas (1997, pp. 145-148).

Ahora bien, las *melodías* de O’M no eran útiles para ella, lo forzoso de sus reminiscencias le hacían sentir la necesidad de recibir con urgencia un tratamiento para eliminarlas. Para O’C, la cuestión era distinta, sus reminiscencias la transportaban a un pasado acogedor, a *escenarios* clausurados por su vida personal, pues O’C, huérfana desde los cinco años, la habían trasladado desde Irlanda hacia América, siendo adoptada por una “tía soltera bastante odiosa”, lo cual determinó que no tuviese un recuerdo consciente de sus primeros años (1997, pp. 146-147). La carencia de conciencia de estos años en O’C se acumuló en una nostalgia profunda de su hogar, la cual tan solo logró curar con su enfermedad.

Llegados a este punto, resulta pertinente preguntarnos, ¿por qué esto tiene que ver con los “arrebatos”? En lo personal, la palabra *arrebato* tiende a llevarnos a diversas imágenes que, por lo general, tienen que ver con alguien por fuera de sí. De hecho, en muchas ocasiones lo usamos como un pronominal: “Ese señor se arrebató”. Además, sucede que el *arrebato* nos lleva a la idea de que algo que sucede de improvisto, de modo repentino. Aquí creemos que hay algo potente. Pues para Sacks, el poder del arrebatarnos es que nos rapta y nos transporta al pasado (1997, p. 134). El arrebato, en nuestra lectura, nos recuerda que

somos exiliados de nuestro propio pasado, por ello, creemos pertinente una lectura bergsoniana.

Bergson, en su tesis doctoral la cual tituló *Ensayo sobre los datos inmediatos de la conciencia*, planteó una defensa de la libertad como tiempo interno por encima de las tesis psicofísicas. Estas últimas, planteadas por psicólogos como Wilhem Wundt (1832-1920), Joseph Delbœuf (1831-1896) y Gustav Fechner (1801-1887), sostienen, frente a los estados de conciencia, como sensaciones, sentimientos, pasiones y esfuerzos, que es posible agregarles evaluaciones de crecimiento y disminución. Adicional, podría determinarse entre estos estados internos contrastes de aumentos. Luego, hay una clara intención por asumir a los estados puramente internos como posibles de cuantificar (Bergson, 2006, p. 11).

Es decir, reconocemos la existencia de nociones como de continente y contenido dentro de los estados internos. Los asimilamos en términos espaciales, adjudicándoles características de ese orden particular, por ejemplo, indicando mayor o menor extensión a la nostalgia, la cual, en efecto, es un estado interno y no un fenómeno que ocupe un lugar espacial. Sentimos que está en el corazón, pese que allí no hay algo así como el “lugar” de la nostalgia. Con todo ello, Bergson plantea entonces que el orden espacial no queda del todo claro, y por ello el concepto de magnitud en estos estados internos es ambiguo. De lo anterior resulta que lo inextenso se evalúa por lo extenso desde la psicofísica. Tal vez, en función de esto, habría que pensar más bien en intensidades (2006, pp. 15-16).

Tal estudio de los estados internos como intensidades es desarrollado por Bergson en la sexta parte del *Pensamiento y lo moviente* (2013), concretamente en la *Introducción a la metafísica*. Allí, inicia planteando que, al margen de las divergencias, los filósofos estarían de acuerdo con lo siguiente: hay dos formas de conocer una cosa, de un lado girando alrededor de ella; y segundo, penetrando en ella (Bergson, 2013, p. 179). La primera forma depende del punto de vista y de los símbolos que se usa para expresarse y se detiene en lo *relativo*, como lo serían, por ejemplo, las útiles herramientas discursivas para describir síntomas; la segunda, no posee un punto de vista y no se apoya en símbolos, logrando alcanzar lo *absoluto*, como lo sería el tedio de O´M por *Easter Parade*, o la calidez mnémica de un hogar arrebatado para O´C.

Lo interesante es que desde una revisión *relativa* poseemos *n* oportunidades de descripción, esto es, podemos desde afuera someter a un cuerpo infinidad de planos, secuencias y formas descriptivas verosímiles para aprender el cómo funciona, para explicar cómo se presenta. Por cuerpo, resulta justificable precisarlo, entenderíamos aquí a las señoras O´M y O´C. Así mismo, desde lo *relativo* diríamos una amplitud de descripciones que nos

pueden ofrecer contenidos con respecto a los síntomas de las señoras O´C y O´M. Solo se requiere signos para explicar lo que vemos. Y tal sobre población de formas explicativas configuran las infinitas formas relativas para acceder y conocer un objeto de estudio desde lo *físico*.

La primera forma, lo *absoluto*, se le atribuye al cuerpo un interior y estados de ánimos, aquí se simpatiza con sus estados y se inserta mediante un esfuerzo de imaginación. Desde esta perspectiva se experimentará junto con el cuerpo (2013, pp. 179-181), se lograría danzar con los *escenarios* que nos cuenta O´C; y, repeler junto con O´M las odiosas *melodías* de las canciones. Para comprender lo anterior, Bergson nos trae una imagen: sea que me cuenten diferentes eventos de parte de un novelista de un personaje y sus características, no equivaldrá nunca el sentimiento simple e indivisible que se experimenta cuando se coincide en un instante con el personaje mismo (2013, pp. 181-182).

Puesto así, para acceder al interior de O´C y O´M, desde la lectura bergsoniana, no hay otra opción posible que la *simpatía* que nos conduce a sus estados internos, gesto que se reconoce con la simpleza de la intuición. Ello sugiere que el *análisis*, el método de la descripción, sugeriría infinidad de traducciones al intentar acercarse a O´M y O´C, logrando la descripción infinita de lo que se explica. La ciencia positiva, incluyendo aquí a la neurología, *analiza* como función habitual, lo cual es un trabajo de simbolización, pero no de penetración en las experiencias internas (2013, pp. 183-184). Sería una constitución de mundo referente al discurso *físico*, como bien lo expone Sacks (1997, p. 133).

Finalmente, si bien Sacks llega a la afirmación del oxímoron *epilepsia musical* para dar cuenta por las señoras O´C y O´M (1997, p. 139), es menester afirmar que dicho diagnóstico es oportuno desde lo *físico*. Desde lo *fenoménico* prima la cualidad de una “fisiología del yo”, en reconocer que una vida sin recuerdos es una desarraigada y que hay algo así como el carácter esencialmente *melódico* y *escénico* de la vida interior, lo cual también constituye un mundo siéndole propio un estatus epistémico igualmente. Por ello, no es posible olvidar que hay ritmos es nuestros afectos, tempos en nuestras pasiones e intensidades en nuestras vidas; y, que el pasado no “fue”, sino que siempre ha estado con nosotros.

Referencias

- Bergson, H. (2013). *El pensamiento y lo moviente* (Trad. Pablo Ires). Buenos Aires: Cactus.
Bergson, H. (2006). *Ensayo sobre los datos inmediatos de la conciencia* (Trad. Juan Miguel Palacios). Salamanca: Sígueme.
Sacks, O. (1997). *El hombre que confundió a su mujer con un sombrero* (Trad. José Manuel Álvarez Flórez). Barcelona: Muchnik Editores.